



ARISTÓTELES Y SU CONCEPCIÓN LINGÜÍSTICA DE UN ENTORNO CÍVICO

Xavier Laborda

RESUMEN

La figura de Aristóteles aparece en las obras generales de la historia de la lingüística. Se estudia su contribución al pensamiento lingüístico con conceptos de gramática y lógica, así como del análisis del discurso retórico y poético. Tratan de él historiadores como W. Thomsen, fundador de la historia de la lingüística en 1902, R. H. Robins y otros más recientes, como R. Harris, T. J. Taylor y V. Law. Los comentarios de estos historiadores, diversos y en ocasiones incompatibles, ilustran sobre la condición dinámica de la historiografía y de la influencia de los paradigmas en su tarea crítica. La tesis del artículo es que el estudio integral de la obra de Aristóteles revela que fue un visionario de la reflexión lingüística, puesta al servicio de una función cívica.

Aristóteles, historiografía, historia de la lingüística, paradigma. Aristotle, Historiography, History of Linguistics, Paradigm.

ARISTÓTELES Y SU CONCEPCIÓN LINGÜÍSTICA DE UN ENTORNO CÍVICO

Xavier Laborda

(Universidad de Barcelona)

laborda.xavier@gmail.com

Fecha de recepción: 19-9-2017 / Fecha de aceptación: 15-12-2017

Resumen

La figura de Aristóteles aparece en las obras generales de la historia de la lingüística. Se estudia su contribución al pensamiento lingüístico con conceptos de gramática y lógica, así como del análisis del discurso retórico y poético. Tratan de él historiadores como W. Thomsen, fundador de la historia de la lingüística en 1902, R. H. Robins y otros más recientes, como R. Harris, T. J. Taylor y V. Law. Los comentarios de estos historiadores, diversos y en ocasiones incompatibles, ilustran sobre la condición dinámica de la historiografía y de la influencia de los paradigmas en su tarea crítica. La tesis del artículo es que el estudio integral de la obra de Aristóteles revela que fue un visionario de la reflexión lingüística, puesta al servicio de una función cívica.

Palabras clave: Aristóteles, historiografía, historia de la lingüística, paradigma.

Abstract: "Aristotle and his linguistic conception in a civic environment". The figure of Aristotle appears in the all general works of the history of linguistics. His contribution to linguistic thought has been studied on his concepts of grammar and logic, as well as those of analysis of rhetorical and poetic discourse. Many historians have dealt with Aristotle historians. Of these, W. Thomsen, founder of the history of linguistics in 1902, R. H. Robins and others more recent, such as R. Harris, T. J. Taylor and V. Law, are taken into account here. The study of their comments, diverse and

sometimes incompatible, illustrates the dynamic condition of historiography and the influence of paradigms in their critical task. The thesis of the paper is that the integral study of the work of Aristotle reveals that he was a visionary of linguistic reflection, placed at the service of a civic function.

Keywords: Aristotle, Historiography, History of Linguistics, Paradigm.

1. Aristóteles, un pasaje anómalo de la historia de la lingüística

Los historiadores de la lingüística han incluido, sin excepción, la figura del filósofo Aristóteles (384-322 a.C.) en el relato que componen los manuales de la historia de la lingüística. Es evidente la conveniencia de su inclusión en el repertorio de autores que han hecho contribuciones magistrales sobre el lenguaje. Las obras generales o manuales de historia de la lingüística suelen ofrecer una exposición atenta a los episodios que se suceden desde el mundo clásico hasta la actualidad, generalmente presentadas como un continuo. Representan, para ser precisos, una continuidad de discontinuidades que enhebra “la continuidad de la teoría lingüística occidental desde los tiempos más primitivos hasta la actualidad”, como describe Robins (1968: 14).

En el guión histórico, si nos atenemos a los autores de la Antigüedad, aparecen Platón, Aristóteles, los estoicos, Dionisio de Tracia, Varrón, Apolonio Díscolo, Donato y Prisciano, entre otros nombres, tratados con el detalle que cada historiador considera conveniente. Esta relación de autores articula dos etapas doctrinales, puesto que Platón, Aristóteles y los estoicos analizan los aspectos dialécticos del discurso, mientras que los siguientes – Dionisio de Tracia, Varrón, etc.— se ocupan de los rasgos gramaticales. Los estudios de los primeros alimentan un paradigma epistemológico o del signo lingüístico y los otros, el paradigma analógico o gramatical. Esta matización conceptual nos alerta sobre la aparente continuidad de las ideas lingüísticas. Y nos persuaden del interés de conocer cómo se ha tratado la figura de Aristóteles en manuales de las diversas etapas en que se ha escrito la historia de la lingüística. Este examen ilustra sobre la concepción que de Aristóteles tienen los siguientes historiadores. En orden de aparición, son W. Thomsen (1902) y H. Arens (1955), que pertenecen a la etapa inicial de

la historia de la lingüística. Luego están M. Leroy (1964) y R. H. Robins (1967), que mantienen una clara afinidad entre sí. Finalmente, en una tercera etapa, son relevantes los nombres de R. Harris, T. J. Taylor (1989) y V. Law (2003).

Las exposiciones de estos autores forman un archivo historiográfico significativo e interesante por dos razones. En primer lugar, revela un aspecto de la historia de la lingüística como proceso de interpretación de las fuentes primarias. Su lectura permite apreciar el cambio de opinión que se produce en el transcurso de las tres etapas en que se ha escrito la historia. Las etapas de la historia de la lingüística son las siguientes: 1) la fundacional, de carácter histórico-comparativo, representada por Wilhelm Thomsen y Hans Arens, durante la primera mitad del siglo XX; 2) la estructuralista, vigente a partir de los años sesenta, con Maurice Leroy y Robert Henry Robins como creadores de un canon influyente; 3) la hermenéutica, una corriente marcada por la atención a la metodología y la especialización historiográfica, con Roy Harris, Talbot J. Taylor y Vivien Law como referencias de esta corriente que aparecen en nuestro análisis (Laborda 2011: 19-44).

En segundo lugar, el análisis del archivo sobre Aristóteles permite considerar el conocimiento y la valoración que ha tenido la lingüística de esta figura universal de la filosofía. La cuestión que surge de un balance de este tipo es una paradoja. El reconocimiento que se rinde a un filósofo tan celebrado encubre, sin embargo, un conocimiento poco satisfactorio sobre su aportación a las ciencias del lenguaje. El estudio de obras generales de historia de la lingüística puede demostrar que en ocasiones la descripción del pensamiento de Aristóteles se ha sostenido sobre tópicos de escasa entidad o en una lectura apresurada y parcial de sus obras. De confirmarse esta hipótesis, el estudio de Aristóteles no sólo puede cambiar la perspectiva con que se le ha considerado, en ocasiones de manera contradictoria, sino también ser útil para revisar aspectos más amplios de la historiografía de la lingüística.

2. Aristóteles, figura incomparable

La referencia a Aristóteles como una figura incomparable, tal como se expresa en el epígrafe, no constituye tanto un elogio, innecesario porque es de conocimiento general, cuanto la observación de que su obra tiene unas características singulares que le sitúan fuera del orden general de autores de que trata la lingüística. El reconocimiento de su categoría nos advierte de la particular diligencia que conviene adoptar para relacionar su pensamiento con la historia de la lingüística. No obstante ello, es posible que la lingüística le haya dedicado un tratamiento desatento y apresurado, como si su contribución fuera una más entre los clásicos que incluye en su repertorio.

El tratado de Werner Jaeger (1923) que se titula *Aristóteles* es una fuente imprescindible para conocer la dimensión del filósofo peripatético desde una perspectiva filológica. En él Jaeger relaciona la biografía del pensador con su obra, para presentarla no ya como un sistema cerrado sino como un proyecto dinámico de pensamiento. Le interesa al helenista alemán captar el desarrollo intelectual de Aristóteles, un proceso fascinante que ilustra sobre la vitalidad de la ciencia. Aristóteles (384.322 a.C.), de quien se sabe que ingresó en la Academia de Platón a los 17 años, había nacido en Estagira, una localidad de la Calcídica o Macedonia. De su padre, que era médico, se le ha supuesto –con la ayuda de la imaginación– una influencia en su inclinación experimental. Lo cierto es que a causa de la temprana muerte del padre y la madre quedó a cargo de Próxeno de Atarneo, un familiar que se ocupó de su formación retórica y de su traslado a Atenas para seguir las enseñanzas de Platón. Lo que impresiona a Jaeger es que Aristóteles permaneciera veinte años junto a Platón y que en ese período tan dilatado de formación viviera una transformación de la que surgió un sistema propio, original y trascendente. El recorrido por ese proceso permite establecer a Jaeger un perfil alejado de la imagen estática y rígida que difundió la escolástica en la Baja Edad Media y, actuando a la contra del aristotelismo, de nuevo propaló a partir del s. XVII la filosofía de la ciencia.

A la muerte de Platón, Aristóteles contaba casi cuarenta años. Dejó la Academia y Atenas para instalarse en la ciudad de Misia, donde ejerció de consejero del gobernante, y luego en la isla de Lesbos. La llamada de Filipo II para que fuera el preceptor de su hijo Alejandro le ocupó durante siete

años, hasta el ascenso al poder de su pupilo en el 338 a.C. Si bien sus enseñanzas no disuadieron a Alejandro de su designio imperialista ni le inclinaron hacia la vida intelectual, ese período como mentor supuso para Aristóteles la oportunidad de madurar su proyecto filosófico. A su vuelta a Atenas, convertido en un hombre influyente y acomodado, abrió escuela. Su centro educativo estaba cerca del templo de Apolo Licia, por lo que se llamó Liceo. En el Liceo desarrolló a lo largo de trece años, hasta el 323 a.C., su propio camino de enseñanza y de investigaciones empíricas. Murió un año después de cerrar el Liceo, lejos de Atenas, de donde había huido por la política contra los macedonios tras la muerte de Alejandro Magno. La pérdida de Aristóteles coincide con el inexorable declive de la polis y el inicio del helenismo.

Según Jaeger, la fidelidad a su maestro es la clave del largo y fructífero proceso de maduración del modelo aristotélico. "Había aceptado las doctrinas de Platón con toda su alma, y el esfuerzo hecho para descubrir su propia relación con ellas llenó su vida entera y es la clave del desarrollo de su espíritu", escribe Jaeger (1923: 21) a propósito del prodigioso periplo intelectual que recorrió Aristóteles. Comenzó asimilando e imitando a Platón, y acabó construyendo un modelo completamente distinto. Un proceso tan largo e intenso deparó a Aristóteles por primera vez en la historia, tal como apunta Jaeger, una visión de su posición en la historia del pensamiento. Obtuvo referencias de los filósofos presocráticos, pero fundamentalmente concibió su ubicación en correspondencia y, al mismo tiempo, como contraste con las figuras de Sócrates y Platón.

A la singularidad de esa perspectiva histórica se añade la multiplicidad de ciencias que crea o desarrolla. La fecundidad de Aristóteles se extiende a la política, la ética, la metafísica, la física, la astronomía, la biología, la lógica, la retórica y la poética. La mera relación de ramas del saber no basta para expresar que mediante la conexión entre ellas el Estagirita plasmó una contextualización del conocimiento. En definitiva, proyectó esas disciplinas sobre el horizonte común de la filosofía de la ciencia. Entre las especialidades que cultivó no figura ninguna afecta al lenguaje, si nos atenemos al contenido principal de sus obras. Ninguna de ellas desarrolla un tratado sobre el lenguaje, por lo cual se ha considerado

que su trabajo era escasamente relevante para la lingüística. Un juicio así revela un conocimiento superficial de su obra, fruto de un ejercicio negligente de la labor de historiador.

El estudio de la obra aristotélica muestra dos razones para rebatir la postura que refiere un Aristóteles menor para la lingüística. Por un lado, muchas de sus obras destinan parte de su extensión a tratar del lenguaje, como sucede en la *Poética*, la *Retórica*, *Sobre la interpretación*, *Categorías* o *Acerca del alma*. Es más, según un punto de vista filológico, las tres primeras obras citadas pertenecerían de pleno a un grupo de tratados sobre el lenguaje. Por otra parte, como segunda razón, la interpretación conjunta de estos tratados permite señalar una concepción lingüística de Aristóteles, que se dispone en tres niveles:

- a) teoría del signo;
- b) teoría de la representación;
- c) teoría de la ciudadanía.

La teoría del signo, que atañe al dominio de la lengua, expone la tesis convencionalista del signo y desarrolla los conceptos de análisis gramatical. Por su parte, la teoría de la representación, centrada en el análisis de las nociones de enunciado, silogismo y categorías lógicas, se ocupa de la filosofía del conocimiento. De estos dos niveles ha tratado la historiografía lingüística. Nuestro propósito es añadir un tercero, referido a la acción social de la persuasión y de la estética literaria como experiencia catártica, es decir, a la teoría de la vida ciudadana, la de las personas en sus interacciones públicas,

3. Teoría del signo

El tratado *Sobre la interpretación* se abre con una tesis original. Establece el principio de que el signo lingüístico funciona como una convención que reúne de manera arbitraria sonido y significado. "Lo que hay en el sonido son símbolos de las afecciones que hay en el alma", es decir, los significados," y la escritura es símbolo de lo que hay en el sonido". Aristóteles sostiene con claridad la postura de que el signo lingüístico significa por convención. Este pronunciamiento, que contrasta con la

ambigüedad del diálogo platónico *Cratilo* (Laborda 2013: 59-70), es original y productivo, porque de él deriva un análisis de los componentes gramaticales. Por otra parte, disuelve las dudas que podía haber sembrado la postura de Platón sobre el escaso discernimiento de los clásicos, que parecían sordos ante la prueba de las lenguas para rebatir la naturalidad del signo.

Es sabido que la discusión que alienta Platón sobre *phýsis* o *nomos*, naturalidad o convención del signo lingüístico, obedece a una discusión mayéutica para desestimar la lengua como objeto de estudio. Aun así, la tentación de tomar al pie de la letra el mencionado debate ha oscurecido, a los ojos de la crítica, unas ideas que Aristóteles expone con meridiana claridad. "Así como las letras no son las mismas para todos, tampoco los sonidos son los mismos", sigue diciendo en *Sobre la interpretación*. Visto esto, al filósofo le importa señalar la identidad del pensamiento, de modo que si la variación lingüística afecta a la imagen sonora o gráfica de las palabras, no sucede así con las representaciones mentales: "Aquello de lo que estas cosas –sonidos o letras– son signos primordialmente, las afecciones del alma son las mismas para todos, y aquellas de las que estas son semejantes, las cosas, también son las mismas". Con este enunciado el filósofo distingue entre lo que es diverso en las comunidades, esto es, el signo y su realización material, y lo que es común a todos, es decir, la representación y el conocimiento.

La consecuencia teórica del convencionalismo es que se concibe la lengua como un fenómeno de regularidades, que se estudia de manera analógica, es decir, por semejanzas y diferencias. El modelo analógico genera el conocimiento gramatical de las partes del discurso. En el capítulo vigésimo de la *Poética*, Aristóteles enuncia los términos del estudio gramatical al referirse a la partes de la elocución. Esas partes son "elemento, sílaba, conjunción, nombre, verbo, artículo, caso y enunciación". Estos conceptos revelan la lucidez gramatical de Aristóteles y anuncian la disciplina de que es heredera la lingüística.

Por elemento entiende la unidad más simple que es el sonido o la "voz indivisible", en que distingue el sonido vocal, el semivocal o consonántico plenamente sonoro –como sigma, la fricativa alveolar– y el

mudo o consonante que suena en compañía de vocal –como gamma, la oclusiva velar sonora–.¹ Al elemento o sonido primario le sigue la combinación sonora de la *sílaba*. A continuación distingue la *conjunción* y el *artículo* que son partes de la elocución sin significado léxico pero complementan la enunciación. A su vez, el *nombre* es “una voz convencional significativa y sin idea de tiempo”, mientras que el *verbo* es “voz significativa con idea de tiempo”. Por su parte, el *caso*, que se da tanto en el nombre como en el verbo, significa relación, singularidad o pluralidad.

Concluye la relación de las partes de la elocución con la unidad mayor, la *enunciación*. Es una producción discursiva, equivalente a la frase, como la proposición “Cleón camina”. También puede ser simplemente “Cleón”, porque “no toda enunciación consta de verbo y nombre”. Es oportuno destacar que según Aristóteles la enunciación cubre tres funciones referenciales: posicional, atributiva y relacional. La función posicional, en “Cleón camina”, designa una realidad inmediata y en tiempo presente, un aquí y ahora existencial del sujeto. La función atributiva, en esa misma frase, significa que Cleón es caminante, de modo que vincula el sujeto a otra cosa, la de caminante. La última función relaciona y clausura los elementos en una unidad independiente sintácticamente y significativa por sí sola.

4. Teoría de la representación

La teoría de la representación supone pasar del ámbito de la lengua, diverso y regido por la convencionalidad del signo y la organización analógica de sus elementos, al del conocimiento, que es universal y mantiene una relación natural con la realidad. El principio que delimita los dos ámbitos, el de la lengua y del pensamiento, manifiesta que las palabras,

¹ Aristóteles añade unas notas sobre la articulación de los sonidos en la *Poética*: “Los elementos [sonoros] difieren por las posturas de la boca, por los lugares en que se articulan, por ser aspirados o tenues, largos o breves, y también agudos, graves o intermedios” (*Poética*, capítulo 20, 1456 b 30-34).

Por otra parte, en *Sobre el alma* se ocupa del sonido (libro II, capítulo 8), del que trata como fenómeno físico y también, en particular, sobre el sonido de la voz. Comenta en ese pasaje (420 b 5 – 421 a 7) los aspectos fisiológicos de la voz y los efectos paralingüísticos, como la tos o el sonido del aire inspirado.

a diferencia del discurso, no se adhieren al ser sino al significado. Las palabras significan, pero no se corresponden necesariamente con la veracidad ni la falsedad. En sintonía con la tesis que Platón defiende implícitamente en *Cratilo*, las palabras no son las depositarias de una verdad sino que lo es el discurso. En efecto, el discurso se adhiere al ser y manifiesta si algo es o no es, porque en un enunciado hay "composición", como indica Aristóteles. Es decir, que la verdad o falsedad se da si hay atribución o predicación de un término respecto de otro.

Las palabras "hombre" o "blanco", argumenta el filósofo en *Sobre la interpretación*, significan un animal racional y un color, respectivamente, pero no son verdaderos ni falsos porque no se les "añade nada más", una afirmación que extiende a cualquier nombre o verbo. Un ejemplo que Aristóteles toma de la tradición inmediata, el "ciervo-cabrío", una idea fantástica de animal, muestra los matices de esta distinción entre significar y representar la realidad. "El ciervo-cabrío significa algo, pero no es verdadero ni falso, a menos que se añada el ser o el no ser", escribe en el primer epígrafe de *Sobre la significación* (16a 17-18). El matiz de este ejemplo se cifra en que la denominación, incluso en el caso de una fantasía –como también lo sería el unicornio–, no conduce al conocimiento por sí sola. Necesita el enunciado, en el que se dice algo de un sujeto o de la realidad que designa.

El grueso de *Sobre la interpretación* está dedicado al enunciado y a sus clases. En total, a esta tarea se destina veintiuno de sus veinticuatro epígrafes. En esta extensa parte el lector halla distinciones lingüísticas de corte pragmático y dialéctico, un tipo de contenido que los historiadores de la lingüística no suelen reconocer como propio. Aristóteles presenta y analiza ahí el concepto de enunciado, en cuya definición se aprecia su vinculación a la representación.

Enunciado es un sonido significativo, cualquiera de cuyas partes es significativa por separado como enunciación, pero no como afirmación. Digo que *hombre*, por ejemplo, significa algo, pero no que sea o que no sea, aunque sería una afirmación o una negación si se añadiera algo. (16b 27-30)

El discurso se adhiere al ser, a la realidad, mediante los enunciados asertivos, aquellos que afirman o niegan algo de un sujeto. Esta teoría de la

proposición está encaminada al conocimiento dialéctico de la realidad. En el grado más simple, el filósofo distingue entre estas variedades enunciativas de la afirmación y la negación: "Una afirmación es la aserción de algo unido a algo, y una negación es la aserción de algo separado de algo". A ellas añade las aserciones de contradicción y de contrariedad. Las aserciones contradictorias son proposiciones que, al oponerse, se invalidan, mientras que las de contrariedad expresan una oposición particular.

De estos tipos de enunciado se extrae juicios sobre la veracidad o la falsedad de sus aserciones. Ahora bien, advierte Aristóteles, no todo enunciado es asertivo. Cita el ejemplo de la plegaria, que "es un enunciado, pero no es verdadero ni falso". Con esa distinción apunta a lo que, pasados los siglos, se conoce pragmáticamente por juegos del lenguaje y actos de habla; en el ejemplo de la plegaria, el locutor realiza un acto directivo o expresivo, según se tome como petición o emotividad religiosa, pero no produce un acto representativo. Aristóteles separa de la dialéctica estos enunciados no veritativos o realizativos, puesto que los reserva para la *Retórica*, en su extenso libro tercero, y la *Poética*, entre los capítulos 20 y 23.

Los tratados de lógica aristotélicos cubren el análisis del discurso que tiene por objeto conocer proposiciones verdaderas. En concreto, la teoría del enunciado en *Sobre la interpretación* y las categorías lógicas en *Categorías*. Estas obras se atienen al principio de que el discurso está supeditado al ser, a la unidad. El ser es el garante de que no se afirme y se niegue una misma proposición. Desde el punto de vista de la lógica, afirmar y negar algo inmediatamente es inaceptable, como lo es que un atributo pertenezca y no pertenezca, a la vez y en idénticas circunstancias, a un mismo sujeto. Ontológicamente es imposible que se diga que una cosa es y no es. Con ello se establece que tras el discurso está la unidad. Y, tras la unidad, el ser.

En definitiva, el modelo del análisis lingüístico que realiza Aristóteles se puede enunciar del siguiente modo. La función del discurso, que no puede reclamar un estatuto de protagonista o ámbito final del análisis filosófico, es realizar un cometido instrumental. En lo que atañe a la dialéctica, el lenguaje es el instrumento que da paso a la aparición del ser,

a la representación de la substancia. A su vez, la substancia es la unidad ontológica que trasciende y supervisa el lenguaje.

Dicho de otro modo, el lenguaje es la vía que conduce al ser, a la realidad ontológica. Es una vía, un instrumento que habla de múltiples maneras del ser, según se desprende de la teoría de las categorías. Se enuncia el ser de modo categorial como substancia, cantidad, calidad, relación, posición, lugar, tiempo y acción, porque es multiforme. Ante la dificultad de expresar el ser, al lenguaje le corresponde un papel voluntarioso, el de perspicaz explorador de exploración de la realidad.

5. Teoría de la ciudadanía

La exposición sobre la teoría de la representación se refiere a la dialéctica y la construcción del conocimiento científico. Pero el conocimiento no concluye ahí, puesto que también surge de la creación social –como refiere la retórica– y la creación literaria –de la que trata la poética–, dos ámbitos fundamentales de producción social del discurso. La retórica constituye un metalenguaje de la persuasión que distingue tres tipos de discursos públicos o suatorias, el judicial, el epidíctico y el deliberativo. La alocución judicial, que se refiere a hechos del pasado, defiende o acusa a unos agentes mediante una argumentación sobre lo justo o injusto que va dirigida a un tribunal. En la alocución epidíctica o espectacular el orador asume la función de elogiar o censurar un asunto, a partir de lo que se considera bello, agradable o instructivo, para merecer la atención y la adhesión de una audiencia. La alocución deliberativa apela a una comunidad de iguales, como son los miembros de un Parlamento o de una hermandad, para persuadirles de que tomen un acuerdo en virtud de su utilidad pública o comunitaria (Laborda 2013: 45-59; 2017: 147-164).

A la distinción discursiva que introduce la retórica, con sus conceptos sobre las partes de una alocución y sus recursos de amplificación temática, se añade las tres causas de la persuasión. Se refieren a la sugestión de sentimientos o *pathos*, la firmeza de los argumentos o *logos*, y la credibilidad del orador o *ethos*. Aristóteles se inclina por las dos últimas causas, de las que extrae el concepto de *entimema*, la argumentación

verosímil y adecuada a la ocasión, y los valores éticos de la prudencia, la veracidad y la benevolencia. Estos principios discursivos son afines a la perspectiva pragmática y cognitiva del lenguaje, en el sentido de que ofrecen interpretaciones de la actividad comunicativa a partir de unos enunciados teóricos textualmente breves y conceptualmente abiertos.

La vida ciudadana tiene un perfil político, que se desarrolla en auditorios diversos, como el tribunal, la fiesta oratoria, la concurrencia mercantil, el debate político y la sesión parlamentaria. La retórica incluye conocimientos de la lengua, la argumentación, la psicología, el protocolo, la estrategia y la controversia. En el modelo iniciado por los sofistas y modulado por Aristóteles, la retórica no es solo un programa de formación personal y un sistema educativo público. Además de técnica y de invención de recursos formales, proclama un plan ideológico, una concepción del ciudadano. Proclama el derecho de hablar en público o *isonomía*, al amparo de unas condiciones jurídicas de igualdad ante la ley y de unas normas que velen por la limpieza de la intervención. También proclama el derecho a formarse para conseguir una igualdad de oportunidades o *isegoria* en la acción pública. La educación o *paideia* no es un recurso para el ornato personal sino una condición para la concurrencia y un instrumento institucional de la movilidad social.

De manera correlativa a la retórica, la *Poética* estudia los géneros literarios del teatro y de la narración. En ella Aristóteles discurre sobre los efectos de la experiencia estética en la comunidad de los espectadores y en la purificación interior que le ofrece la asistencia a las actuaciones teatrales o la recitación de relatos legendarios.² El horizonte político de estas obras de Aristóteles se asienta en la convicción de dos principios inaugurados por la sofística. El primero es la supremacía del discurso sobre la fuerza. Las contiendas o debates socialmente constructivos e influyentes son

² Roland Barthes saluda con efusión en 1975 la actualidad de la poética en la lingüística, de la que distingue tres patrones, Aristóteles, Valery y Jakobson. Atribuye a Aristóteles "el primer análisis estructural de los niveles y las partes de la obra trágica". De Valery destaca su petición de establecer "la literatura como objeto del lenguaje". En Jakobson, finalmente, reconoce que llame "poético a todo mensaje que hace hincapié en su propio significante verbal" ("El retorno de la Poética", en R. Barthes, *El susurro del lenguaje*, Barcelona, Paidós, 1987, pág. 215).

discursivos. En cada alocución se ha de dejar un espacio mental al adversario, mediante el examen de los contrarios, como recomienda Aristóteles para elaborar una argumentación capaz. Esa presencia simbólica del otro, de la alteridad, en la exposición propia es esperanzadora, además de hacer más capaz la argumentación. Y el segundo principio se refiere a la necesidad de que el discurso sea de dominio público. Este requisito, opuesto al secreto y la arbitrariedad del poder, se refiere tanto a la acción comunicativa como a su valor simbólico, es decir, que esté disponible para la comunidad y que el conocimiento que entraña no se detraiga del conjunto social.

En el siguiente cuadro se recoge los conceptos de la contribución aristotélica comentados en éste y epígrafes anteriores.

Teoría	Ámbito	Terminología	Función	Fuentes
Teoría del signo	lengua	elemento sonoro, sílaba, conjunción, nombre, verbo, artículo, caso, enunciación, metáfora	expresión lingüística	<i>Sobre la interpretación, Retórica (libro III), Acerca del alma</i>
Teoría de la representación	discurso lógico-científico	enunciado, aserción, categoría, silogismo	análisis científico	<i>Sobre la interpretación, Categorías, Analíticos</i>
Teoría de la ciudadanía	discursos retórico y poético	entimema, <i>ethos</i> , <i>logos</i> , <i>pathos</i> , alocución	organización política y vivencia estética	<i>Retórica, Poética, Ética eudemia</i>

6. Fuentes aristotélicas

Un modelo teórico como el aristotélico no admite comparación con la de ningún otro filósofo de la Antigüedad. Vemos algunas de sus características, referidas a las obras en que aparecen.

Retórica.– La retórica es un metalenguaje sobre la comunicación pública, que trata de los géneros judicial, epidíctico y deliberativo. El mecanismo primario del discurso retórico es el entimema, un silogismo abreviado que parte de tópicos o afirmaciones parciales. El principio de la comunicación

retórica es la verosimilitud, la argumentación que se vale de lo creíble porque parece verdadero. La finalidad de la retórica es examinar la fortaleza del razonamiento ante una audiencia, para persuadir sobre la justicia, la belleza y la utilidad de cualquier asunto. Los valores de justicia, belleza discursiva y utilidad social corresponden, respectivamente, a los géneros judicial, epidíctico y deliberativo.

Si bien la persuasión es la clave fundamental de la *Retórica*, tradicionalmente llama la atención del lingüista el libro III de esta obra, que versa sobre la elocución. De ella destaca Aristóteles la acción o pronunciación, la claridad elocutiva, la selección de las palabras, la metáfora, los epítetos, la corrección y la variedad del estilo, ya incurra en la frialdad expresiva o su contrario, la pomposidad, que se vale de imágenes o apela al patetismo. Este libro III desgrana otros aspectos discursivos, que se refieren al ritmo y la organización de la alocución, en una estructura seguida o periódica –por módulos –, como el exordio y el epílogo, y los recursos de amplificación, que se usan en la exposición y la narración. De este extenso esquema llama la atención que la metáfora y la analogía aparezcan de manera reiterada, en diversos apartados, insistencia que indica la importancia referencial y elocutiva que Aristóteles asigna a estos tropos (Laborda 2005).

Organon. – El *Organon*, compendio formado por seis tratados de lógica, desarrolla la dialéctica, ciencia correlativa de la retórica. Aristóteles concibe ambas en estrecha comunicación, ya que “tratan de cosas que en cierto modo son de conocimiento común a todos y no corresponden a ninguna ciencia en particular” (Retórica I, 1354 a). Esta definición desmiente la idea erudita e inabordable de la dialéctica, una postura que se reitera en los *Tópicos*. Sostiene Aristóteles que la dialéctica es útil para tres fines, “para ejercitarse, para las conversaciones y para los conocimientos de filosofía” (*Tópicos* I, 101 a 22). Los tratados del *Organon* son los siguientes:

- *Categorías*. Refiere aquello que se puede predicar algo de un sujeto, que son entidad, cantidad, calidad, relación, lugar, tiempo, posesión, actividad y pasividad. Estas categorías de lo real traslucen puntos en común con las categorías léxicas de la técnica gramatical que se desarrolla siglos más tarde.

- *Tópicos*. Aporta esquemas para la argumentación y refutación sobre cualquier tipo de asunto.
- *Sobre las refutaciones sofísticas*. Se especializa en el desenmascaramiento de las falacias o paralogismos.
- *Sobre la interpretación*. Expone un compendio lingüístico original y crítico con la tradición platónica. Establece la posición convencionalista del lenguaje y da paso al análisis gramatical de la proposición, con un voluminoso conjunto de términos: nombre, verbo, enunciado, aserción, afirmación y negación. Las explicaciones de *Sobre la interpretación* son las lecciones que conducen a los *Analíticos*.
- *Analíticos primeros*. Desarrolla el conocido, tan explotado por la escolástica, andamiaje de los silogismos.
- *Analíticos segundos*. Establece patrones para la demostración de argumentos y tesis.

Poética.– En la *Poética* se trata del arte como fuente de exploración estética de la realidad y de purificación interior de los espectadores. El texto que ha perdurado estudia la tragedia y la epopeya como géneros poéticos de la representación y de la narración. La caracterización de los géneros adelanta los trabajos sobre el contexto y las modalidades discursivas de la lingüística del texto. El capítulo 20, que está dedicado a la elocución, pergeña el primer tratado gramatical. Al inicio Aristóteles anuncia su contenido: “Las partes de toda elocución son éstas: elementos, sílaba, conjunción, nombre, verbo, artículo, caso y enunciación”. Define estos conceptos primordiales de la gramática y se extiende a continuación, en el capítulo 21, sobre los efectos de la significación metafórica y, en el siguiente, sobre “la excelencia de la elocución”, es decir, sobre los efectos estilísticos y normativos de la expresión. La *Poética* constituye una extensión de la *Retórica*, en el campo de la estética y la evocación de los sentimientos.

Acerca del alma.– El tratado *Acerca del alma* se ocupa de los seres vivos y sus capacidades mentales y perceptivas. En el capítulo octavo del libro II se trata del sonido y de la voz, considerados en su producción y audición.

Ética eudemia.– La teoría ética, desarrollada en *Ética eudemia*, presenta la felicidad como el bien supremo. Aristóteles atribuye a la acción - libro I,

capítulo 8– la fuente de la felicidad, de lo que se infiere que el conocimiento y la comunicación son las fuentes principales de la felicidad, porque son actividades de indagación teórica, influencia social y relaciones personales que no están sujetas a la fortuna.

7. La recepción de Aristóteles en el paradigma histórico-comparativo

Una vez esbozadas las ideas de Aristóteles sobre el lenguaje, importa conocer cómo ha valorado la historia de la lingüística su obra. El canon de la historiografía establece que el origen de la lingüística se halla en las reflexiones sobre las partes del enunciado de Platón, Aristóteles y los estoicos, pero también y especialmente en el programa filológico que funda la *Tékhnē grammatikē*, atribuida a Dionisio de Tracia en el siglo I a.C. Esta relación surge de una tradición historiográfica que se ha desarrollado a lo largo del siglo XX en tres etapas.

La etapa fundacional, asociada al comparatista Thomsen (1902), aporta la matriz de etapas, obras y asuntos (Laborda 2009). Le sigue otra de profusa actividad, la estructural, a partir de los años sesenta con el esplendor de la lingüística estructural y generativista como paradigma de las ciencias. Esta se ocupa de ampliar y también matizar el repertorio de obras que la etapa anterior ha inventariado (Leroy 1964, Robins 1967). Y le ha sucedido una tercera, la hermenéutica, que refina la metodología y se abre a una perspectiva de contextualización del pensamiento lingüístico. Su propósito es combinar los logros del programa filológico y del historiográfico como especialidad de la narrativa verídica (Eco 1993, Law 2002, Laborda 2011).

Veamos en primer lugar la interpretación de la obra de Aristóteles en la etapa fundacional de la lingüística. Wilhelm Thomsen se ocupa brevemente de la obra de Aristóteles en *Historia de la Lingüística* (1902: 24-25). Su interés se centra en dos aspectos, que son el signo lingüístico y las partes de la oración. Con ello atiende a dos perspectivas o paradigmas de la historiografía lingüística, el epistemológico o el signo lingüístico y el filológico o la descripción de la lengua. Es evidente que el afán sintético de Thomsen no sólo reduce la perspectiva de la aportación aristotélica sino que

compone un índice temático perdurable en la historia de la lingüística. Reduce la perspectiva, que sí era diversa y rica en el maestro de Thomsen, el filósofo del lenguaje Heymann Steinthal (1863: 183-271). El discurso de Thomsen, constreñido por el plan de una exposición general, pues va de la Antigüedad clásica al historicismo del s. XIX, prescinde del paradigma de la retórica o del estudio del discurso en su acción política. Además de este adelgazamiento de la perspectiva, da cuenta de la teoría del signo de Aristóteles, de carácter convencional, y que a pesar de su originalidad y claridad sin parangón aparece como una mera tentativa en su tiempo y como un saber común en el nuestro. Varios siglos separan aquella tesis convencional en Aristóteles del signo de los gramáticos alejandrinos, entre los que intermedia de manera contradictoria el naturalismo de los estoicos. Thomsen describe la asunción del convencionalismo como una evolución que eclosiona con el traspaso que hacen los filósofos a los gramáticos de la cuestión de la analogía y la anomalía. "De los filósofos pasó la cuestión a los gramáticos propiamente tales, por quienes fue examinada y tratada con gran celo, y frente a la anomalía se alzó por la parte contraria como principio que señorea la lengua la analogía o tendencia niveladora" (Thomsen 1902: 31).

La concisión de Thomsen le lleva a dilucidar el carácter del signo lingüístico en una frase. "En la polémica sobre si el lenguaje procede de fisis o no, parece que sienta que las palabras reciben su significado por convenio" (Thomsen 1992: 24). No se compadece esta titubeante afirmación del pensamiento aristotélico, que es claramente convencionalista al respecto del signo lingüístico. El extraordinario adelanto del Estagirita respecto de los alejandrinos y de la lingüística estructuralista se asume condescendentemente como una coincidencia que no merece comentarios. A Thomsen le interesa de Aristóteles las distinciones de las partes del discurso que establece, que son las del nombre, el verbo y las partículas o conjunciones, artículos y pronombres. Al comparatista le inquieta la doble adscripción de estos términos, que tanto se refieren a lo filológico como a la lógica, de modo que en este segundo ámbito se corresponden con los conceptos de sujeto, predicado y elementos de cohesión. En la cadena de maduración de la conciencia filológica, Thomsen anota ciertas distinciones

que están presentes en la obra de Aristóteles. Son las nociones de caso, para lo que considera las flexiones de los nombres, y los tres géneros, masculino, femenino y neutro, que distingue de manera original según las desinencias del nominativo.

En esos escuetos términos se resume la glosa que hace W. Thomsen de la filosofía del lenguaje de Aristóteles. Medio siglo después, el análisis que hace Robert Henry Robins en *Ancient & mediaeval grammatical theory in Europe* (1951: 19-24) no difiere del guión que aportó el fundador de la historia de la lingüística. Robins hace un meticuloso repaso de las especificaciones gramaticales de Aristóteles, relativas a las partes del discurso del nombre, el verbo y la conjunción. Reconoce que los apuntes gramaticales del filósofo griego carecen de unidad, puesto que aparecen dispersas en su ingente obra, pero considera que en la contribución de Aristóteles se halla el "epítome de sus predecesores" (Robins 1951:19). A esta condición de síntesis de su tiempo, que le priva del reconocimiento de una personalidad singular, Robins añade un elogio relevante. Distingue en sus comentarios gramaticales cierta afinidad con la lingüística por los matices del análisis aristotélico. No obstante ello, "su método gramatical estaba supeditado al método lógico", objeta Robins (1951: 23), un juicio incontestable, pero también improcedente porque por aquel entonces no se vislumbraba el conocimiento gramatical como un saber científico. Y añade a esa crítica la observación de la fragmentación y heterogeneidad de los apuntes aristotélicos. "En su tratamiento disperso de cuestiones gramaticales en sus múltiples obras –escribe Robins– hay una mezcla y superposición de una clasificación intralingüística o formal y otra extralingüística o nocional" (Robins 1951: 23). Estas limitaciones, como manifiesta Robins en su conclusión sobre Aristóteles, dificultan la tarea del historiador para captar con claridad su concepción gramatical.

El enfoque de Robins consiste, como indica el colofón del título de su libro de 1951, *With particular reference to modern linguistic doctrine*, en relacionar la historia del pensamiento con la lingüística estructural. El balance de su búsqueda en la obra aristotélica es poco halagador. Cuatro años después, aparece la voluminosa compilación de textos sobre historia de la lingüística de Han Arens, *La lingüística: sus textos y su evolución*

desde la antigüedad hasta nuestros días (1955). El mérito de Arens radica, además de elaborar la selección, en comentarlos con concisión y en ampliar el contenido en la edición de 1969: Los trabajos de Robins y Arens tienen en común, a diferencia del ensayo propedéutico de Thomsen, la libertad material para tratar de Aristóteles. No obstante ello, el espacio que le dedican es escaso, un rasgo que se corresponde con el valor que le atribuyen.

Arens (1955: 26-31) recoge el fragmento de la *Poética* en que describe los elementos de la elocución, que son los sonidos, la sílaba, el nombre, el verbo y la palabra de enlace o conjuntiva. El compilador observa que en esos apuntes Aristóteles “no consideró la lengua ni mucho menos como gramático”. Su propósito, como reconoce Arens, se centró en la lógica y la poética, dos ámbitos que supeditan lo lingüístico a la argumentación y a la comunicación, respectivamente. Desde el punto de vista de la lógica, el lenguaje es discurso, “forma verbal del juicio como expresión del pensamiento”, constituida por sujeto, predicado y conjunciones (Arens 1955: 26). Y desde el punto de vista de la poética, el lenguaje es variación estilística mediante géneros y recursos literarios. Como sea que Arens no considera relevante para su compilación la contribución del Estagirita en lógica, poética y retórica, su conclusión es escueta y negativa: “Aristóteles representa un avance muy pobre con respecto a Platón” (Arens 1955: 31). Parece razonable observar que el prestigio de Aristóteles en la historia de la filosofía no se corresponde en absoluto con el papel que Arens le reconoce en la historia de la lingüística.

8. La historiografía del paradigma estructuralista

El esplendor de la lingüística estructural de los años sesenta del siglo XX conlleva el interés por su historia. Los numerosos manuales de historia de la lingüística que aparecen por entonces asumen exclusivamente la perspectiva estructuralista, aquella que ya apuntaba R. H. Robins – bajo el influjo de su maestro, John Firth– en su estudio de 1951 sobre la Antigüedad. Esas obras cubren la totalidad de la historia, generalmente desde Grecia hasta el generativismo. Un recorrido temporal tan extenso produce el efecto de un flujo histórico del pensamiento que progresa desde

la filosofía clásica hasta el paradigma estructuralista. Tal como define ese proceso Robins, la historia de la lingüística es “una continuidad de discontinuidades”.

El extenso elenco de autores que se incluye en esos manuales exige un tratamiento sucinto y simplificador, en particular de las épocas anteriores al s. XIX. Un efecto del afán por elaborar una historia general de la lingüística es la valoración positiva de autores y obras mencionadas. Ahí se produce una novedad digna de atención. Así sucede con Aristóteles, como se aprecia por ejemplo en *Las grandes corrientes de la lingüística*, de Maurice Leroy (1964). Esta obra, llamativamente descompensada en la distribución de los períodos, trata todo lo que precede a la filología decimonónica con una brevedad reñida con la diligencia.

En lo que se refiere a Aristóteles, M. Leroy considera que su pensamiento es una inflexión en la historia. “Las investigaciones de Aristóteles habrían de guiar las reflexiones sobre el lenguaje hacia otra vía”, asevera Leroy (1964: 15), en referencia al debate platónico sobre los nombres. Leroy no solo reconoce a Aristóteles ese mérito, sino que le atribuye otro no menor, que es el de iniciar la constitución de la gramática. Además de la concepción convencional del signo, Aristóteles es “el primero en intentar un análisis preciso de la estructura lingüística”. Este juicio elogioso arrincona aquel otro de la historiografía precedente que consistía en lamentar la escasa originalidad de Aristóteles y el desacierto en la elección de su objetivo científico.

La tesis de Leroy imprime un giro radical al canon historiográfico. Recupera la figura de Aristóteles pero le atribuye un papel en solitario poco realista, ya que debería incluir la considerable labor de los sofistas, según les reconoce la tradición. Protágoras, sobre el nombre y los modos verbales; Gorgias, sobre el léxico; Prodicó, sobre la sinonimia; Hipias, sobre prosodia; Antístenes, sobre etimología y definición de las palabras. En defensa de Leroy cabe decir que de los estudios sofísticos sobre aspectos gramaticales y léxicos tan sólo ha llegado hasta nosotros la noticia de esas actividades pero no las obras.

Es conveniente conocer la justificación de la tesis de Leroy sobre la valía de Aristóteles. “La gramática general no es para él más que una parte

o un concepto de la lógica formal, pero su afán de elaborar –como aplicación de la teoría de las proposiciones y de los juicios– una teoría de la frase, la distinción de las categorías gramaticales, coloca a Aristóteles y a los aristotélicos al comienzo de una larga tradición” (Leroy 1964: 16). En defensa de su opinión, añade el historiador que esa larga tradición se caracteriza por la percepción de los datos lingüísticos y por el vocabulario que han elaborado con ese propósito. Más aún, para confirmar su razonamiento, Leroy aduce como prueba de la importancia empírica y metalingüística del aristotelismo el hecho de que esos rasgos “se han impuesto hasta fecha muy reciente y aún hoy pesan no poco sobre la pedagogía y la metodología de nuestros estudios”. Un alegato tan elogioso, que incluye tanto el acierto gramatical del Estagirita como la dilatada influencia que ha conseguido, podría provocar la incredulidad si se tiene en cuenta la displicencia con que le juzgaban los historiadores precedentes. A nuevos tiempos, nuevos valores.

En consonancia con la postura de Leroy, el propio H. H. Robins, que aportó el ensayo sobre la Antigüedad y el Medievo en 1951, cambia de opinión sobre Aristóteles en su canónico manual de 1967, *Breve historia de la lingüística*. Reitera que la doctrina lingüística de Aristóteles aparece de manera incidental en sus obras de lógica y retórica, lo cual dificulta fijarla con detalle y exactitud. No obstante ello, “las líneas lingüísticas de Aristóteles son bastante claras, y puede observarse que su obra marca un avance sobre las posiciones alcanzadas por Platón” (Robins 1967: 25). En consecuencia, queda establecida la idea canónica de que Aristóteles aporta una doctrina lingüística, que es original puesto que supone un progreso respecto del pensamiento precedente. En esta afirmación se resume la postura de la historiografía estructuralista, con M. Leroy y R. H. Robins como responsables del canon.

9. La historiografía del paradigma contextual o hermenéutico

Esta tercera y contemporánea etapa historiográfica, que se inicia en la década de los años noventa, hace hincapié en la especialización temática

de sus estudios y en la metodología de la investigación hermenéutica.³ El cambio que comporta esta etapa es doble, pues se manifiesta en la extensión y en la perspectiva con que se encara el interés de la obra aristotélica para la lingüística. Vivien Law (2003), en *The History of Linguistics in Europe from Plato to 1600*, aporta una visión cultural de la historia de la lingüística que le permite describir un horizonte amplio y más comprensivo de la figura de Aristóteles. Law distribuye su exposición en cuatro partes, que consisten, en primer lugar, en una presentación de la filosofía aristotélica y, a continuación, en el comentario de todos los ámbitos en que desarrolla nociones lingüísticas: la dialéctica, la retórica y la poética (Law 2003: 23-33).⁴

La introducción de Law sigue el patrón de su maestro, R. H. Robins, que acostumbraba a ofrecer unas referencias culturales para situar en su contexto al autor y la obra específicos. Este procedimiento evita la brusquedad de iniciar la exposición “in media res” o sin los preámbulos recomendables. Con ese recurso de progresión temática hace honor a la intención de practicar una historiografía interesada por la historia de la ideas. Law compone un marco general con un apunte biográfico de Aristóteles, del que destaca su personalidad empírica y analítica, que impregna toda su obra. Law vincula ese talante investigador a la noción aristotélica de dinamismo, de fuerza generadora de cambios. Por esa razón habla del entramado de causas –formales, materiales, eficientes y finales– que determinan los procesos de la filosofía aristotélica.

³ Hallamos en una obra del período estructuralista, *Histoire de la linguistique: de Sumer à Saussure*, de Bertil Malmberg (1991), la anticipación de un rasgo hermenéutico en lo que se refiere a la figura de Aristóteles. Malmberg (1991: 66-72) no solo dedica bastante más atención al filósofo de lo que lo habían hecho otros historiadores, sino que amplía su campo de estudio a la retórica.

⁴ Una obra que aspira a proyectar estos principios historiográficos, según manifiestan sus editores, Konrad Koerner y R. E. Asher, es *Concise History of the Language Sciences* (1995). Sin embargo, esta condición no se traslada al capítulo en que se trata de Aristóteles, “Aristotle and the Stoics on Language”, firmado por Fred W. Householder (pp. 93-99), pues sigue el patrón conocido sobre las tres partes del discurso y las diez categorías lógicas, referidas a la substancia, la cantidad, etc. La exposición de Householder relaciona esos conceptos con esquemas de la lingüística, si bien los puntos de coincidencia parecen provisionales y no del todo convincentes.

Bajo esta cúpula teórica, para Aristóteles el lenguaje constituye un instrumento de pensamiento, comunicación y sensibilidad estética. Y se despliegan los correspondientes metalenguajes, que son instrumentos de análisis pero también y fundamentalmente guías de la producción lingüística. Así, la dialéctica, que ofrece las pautas formales del razonamiento, se desarrolla en el *Organon*, la compilación de tratados aristotélicos de lógica (*Categorías, Sobre la interpretación, Analíticos primeros, Analíticos segundos, Tópicos, Sobre las refutaciones*). De este conjunto Law extrae la tesis de que el convencionalismo de Aristóteles no es una mera elección entre signo por naturaleza o convención, sino que deriva de la concepción racional de la realidad. El filósofo concibe la realidad como la articulación de cuatro componentes, que son las cosas, las impresiones sobre esas cosas, los signos lingüísticos de tipo oral y los signos escritos. A los dos primeros componentes les atribuye una condición natural y a los lingüísticos –la palabra dicha o escrita– una condición arbitraria.

Por su parte, el metalenguaje de la *Retórica* cumple la función de desarrollar el pensamiento en el campo de la probabilidad y de la persuasión en entornos sociales. El comentario a este respecto de Law es breve y destaca solo dos aspectos. El primero es la proyección psicológica que Aristóteles traza de la comunicación retórica. La consecuencia es la inclusión de la personalidad y de las emociones en la producción retórica. Y el otro aspecto es el estudio del estilo, que Aristóteles desarrolla en la parte tercera de la *Retórica*. Concluye este apartado señalando que el concepto supremo de la estilística es la metáfora.

El tercer y último instrumento teórico es la *Poética*. Sobre esta obra Law destaca la función catártica de la literatura y las variedades que implican los géneros. De los componentes de trama, caracteres, pensamiento y dicción, a la historiadora le interesa la dicción por ser la propiamente lingüística, pues refiere la naturaleza del signo lingüístico y los elementos fónicos y proposicionales del discurso.

El punto de vista de Law no es insólito, puesto que lo comparte con otros autores. Se puede reconocer buena parte del guión de Law en el capítulo de Roy Harris y Talbot J. Taylor, "Aristotle on metaphor" (1989-1997: 20-35). Forma parte del libro de estos autores, *Landmarks in*

Linguistic Thought I: The Western Tradition from Socrates to Saussure, un manual de historia de la lingüística original por la concepción y de primorosa redacción.

La originalidad de Harris y Taylor se manifiesta en dos aspectos. Uno de ellos consiste en dedicar todo un capítulo a Aristóteles, una elección con que distinguen a este filósofo. Conviene aclarar que la historia de la lingüística que redactan Harris y Taylor substituye el relato continuo que ofrecen los manuales por el de una selección de dieciséis figuras, tales como Sócrates –trasunto platónico–, Varrón, Quintiliano, Wilkins o Frege, para acabar con Saussure, a cada uno de los cuales dedican un capítulo. El segundo aspecto de la originalidad, si se compara con otros manuales, es el estilo ensayístico de la obra. El propio título del capítulo que comentamos, “Aristotle on metaphor”, asume una licencia expresiva, la figura de la sinécdoque, pues destaca en él la metáfora como su objeto de análisis cuando en realidad es una parte del texto, que en esencia trata del signo lingüístico.

La exposición de Roy Harris y Talbot J. Taylor sobre la concepción aristotélica de la metáfora en un ensayo excelente por la brillante argumentación que exponen. Eligen la metáfora para destacar la complejidad que entraña la teoría convencionalista del signo. Previamente se ocupan de relacionar la teoría del signo con el conjunto de la filosofía aristotélica. Concretamente, sostienen que la elaboración de ese marco general, que conduce a un modelo del conocimiento, precisa como paso previo de una teoría del signo. En la cúspide de las cuestiones de lenguaje, se sitúa la metáfora, un descubrimiento original de Aristóteles, que mantiene hoy día toda la capacidad de fascinación. Un acierto del filósofo es la clara definición que ofrece de la metáfora en la *Poética*. Esta consiste en “dar un nombre a una cosa que pertenece a otra”. Pero la metáfora, a los ojos de los comentaristas Harris y Taylor, entraña una complejidad significativa, puesto que este tropo construye un segundo nivel de significación, que se superpone a la arbitrariedad literal del signo lingüístico.

El ensayo de Harris y Taylor (1989-1997: 35) concluye con varias observaciones sobre la proyección histórica de su obra. La primera es de signo negativo, puesto que constata que los seguidores de Aristóteles no

aprovecharon sus enseñanzas sobre la filosofía del lenguaje. Esta limitación de la tradición aristotélica tiene un aspecto positivo, cual es la posibilidad de explorar y aplicar hoy las ideas del maestro a cuestiones de la lingüística. En concreto, Harris y Taylor identifican la metáfora como un objeto sobresaliente para el estudio del lenguaje, en una vertiente compleja y aplicada a manifestaciones del discurso. Al ocuparse de la metáfora emergen objeciones o matizaciones a la teoría convencionalista del signo lingüístico. Para concluir esta lista de apuntes críticos, los historiadores proponen el estudio de la analogía como un horizonte mayor al que conduce la metáfora.

10. La historiografía como revisión transformadora

Al revisar las prácticas discursivas que asumen los historiadores, distinguimos numerosas afinidades entre los autores de cada etapa. Esos historiadores –Thomsen y Arens, en una y Robins y Leroy, en otra– coinciden en esos rasgos porque comparten el espíritu de su tiempo o una misma concepción de la historiografía. De este modo sus trabajos no resultan una excepción entre sus contemporáneos. En el campo de la lingüística, el cambio de una etapa a otra se manifiesta en el modelo que se abraza y, como consecuencia de ello, en los asuntos de que tratan. Es de notar, sin embargo, que el paso por esas etapas no ha comportado rupturas formales, es decir, de composición de las obras, que presentan el formato de manual o de ensayos. Estas ideas generales, que se refieren a un arco temporal de más de un siglo, parecen particularmente pertinentes en las etapas histórico-comparativa y estructuralista.

Con la obra de W. Thomsen en 1902, el nacimiento de la historia de la lingüística supone, al mismo tiempo que una novedad, una pérdida. La pérdida se cifra en el abandono de la filosofía del lenguaje, una especialidad del siglo XIX que practicaban historiadores como Heymann Steinthal (1863). La especialización de Steinthal en la época clásica de griegos y romanos le permitía una gran profundidad analítica, incomparable con lo que supone elaborar un manual que conciba la historia como un recorrido continuo desde el siglo IV a.C. hasta la actualidad. La cantidad de espacio por autor o período es un factor en absoluto desdeñable. Pero también cabe

atribuir al planteamiento de la filosofía del lenguaje, como antecedente que queda atrás en el cambio de agujas de la estación de la ciencia, una naturaleza especialmente apta para la longevidad cultural. De su perspectiva humanística, especialmente atenta al estudio contextualizado de los textos y a la crítica histórica –dos cualidades de la filología y la filosofía– emana una solvencia que solo la impetuosa novedad de la lingüística como especialidad y la de su historia puede poner en entredicho.

La extensión de los comentarios que de Aristóteles hace Heymann Steinthal (1863: 183-271), frente al laconismo de Wilhelm Thomsen (1902: 24-25), no es el único factor que favorece un buen análisis del Estagirita. Algo más de espacio, como sucede en el primer R. H. Robins (1951: 19-24) y en H. Arens (1955: 26-31), no es óbice para despachar el pensamiento aristotélico con el juicio de que es disperso y que carece de originalidad. El apresuramiento que trasluce un paso al trote por la historia de la lingüística, comprometida con un trayecto de veintitrés siglos, no da ocasión al historiador a reparar más que en obras que llevan el título expreso de gramáticas o de tratados sobre el signo lingüístico.

Resulta sorprendente el giro que toma la historiografía de la época estructuralista. Sometida a unas limitaciones de espacio –y de análisis– similar a las de la etapa anterior, invierte el juicio simplificador y desestimatorio de sus predecesores y descubre en Aristóteles un autor original por sus ideas gramaticales, que además ha ejercido una influencia académica dilatadísima. Leíamos en M. Leroy que Aristóteles no sólo finiquita el debate platónico sobre el signo –ahogado en un debate bizantino sobre etimología y simbolismo fonético– sino que es “el primero en intentar un análisis preciso de la estructura lingüística” (Leroy 1964: 15). Esta postura de validación del pensamiento aristotélico suscita recelos por la rapidez con que se llega a una conclusión contraria a la tradición inmediata.

La facilidad con que, a partir de los años sesenta del siglo pasado, se incluye a Aristóteles en el canon de la lingüística, en el repertorio de autores dignos de consideración, parece un tanto gratuita, salvo que sea el producto de una elipsis argumentativa de los historiadores. A una objeción así hacen frente de manera desigual, a partir de los años noventa, los autores de una etapa más atenta a cuestiones de metodología de la historia. Roy Harris y

Talbot J. Taylor (1989-1997) y Viven Law (2003) evitan el atajo de referirse sin preámbulos a los pasajes en que Aristóteles trata del lenguaje. Consideran en primer lugar su modelo filosófico, con el que perfilan el modo de operar empíricamente de Aristóteles y su concepción de las causas del cambio. A continuación proceden a relacionar o encajar en ese panorama amplio el análisis de pasajes de diversas obras, incluidas en el compendio del *Organon*, es decir, *Sobre la interpretación y Categorías*, así como los tratados magnos de la *Poética* y la *Retórica*. De este esquema expositivo cabe señalar la dificultad que supone hallar un hilo conductor que confiera sentido a los comentarios sobre Aristóteles.

Hay que alejarse de las obras didácticas, los manuales de historia de la lingüística, para descubrir algún planteamiento que supere la contradicción de elogiar el pensamiento de Aristóteles con un discurso poco articulado. Para vencer la sensación de incomodidad que transmiten los lingüistas al ocuparse de Aristóteles hay que acudir a obras de especialización. El ensayo de Anne Cauquelin *Aristote: Le langage* (1990) cumple esos requisitos de renovación de la perspectiva y de eficacia explicativa. Su consulta podría orientar a los historiadores de la lingüística. Su punto de vista combina la lingüística con la filosofía, la psicología y las ciencias políticas. Ello comporta la lectura de la producción de Aristóteles, con una dedicación que resulta insólita e incomparable con la de otros comentaristas. Para explicar esta singularidad basta decir que la autora se ocupa de los pasajes relacionados con el lenguaje –lo cual es previsible–, pero no para separarlos de su contexto ni presentarlos como una cosecha valiosa por sí misma, sino para articular esos textos en un conjunto de sentido complejo y que se comprende en su relación con el conjunto de la obra aristotélica.

La razón por la que el análisis de Anne Cauquelin (1990), *Aristote: Le langage*, imprime un giro en la doxografía historiográfica se cifra en su perspectiva global de la obra de Aristóteles. Supone una novedad porque se parte del punto de vista estructuralista. Su fórmula es, sin embargo, tradicional. Consiste en aplicar una metodología afín a la filología y a la filosofía: el estudio de unas ideas de manera integral y en su contexto. La clave de la interpretación de Cauquelin consiste en concebir el pensamiento

aristotélico como una contribución motivada políticamente por la ciudad-estado y dedicada a la formación y asistencia del ciudadano. La tesis de Cauquelin es que la obra de Aristóteles reconoce la importancia del lenguaje para la filosofía, pero no como materia de teorización en sí misma, sino como un instrumento de la actividad política.

El conocimiento del lenguaje no constituye una especialidad, como sucede siglos más tarde con la gramática alejandrina, sino conciencia discursiva que rinde un servicio a la ciudadanía. Colectivamente, es decir, políticamente, el lenguaje es fundamental para la gestión del bien común. En la esfera individual, tiene un papel ético en la consecución de la felicidad personal. Este guión de análisis compone y organiza el cuerpo de documentos de manera nueva. La piedra angular es la *Retórica*. De ella deriva cronológica y doctrinalmente el *Organon*, el compendio fundamental sobre dialéctica. Con un rango similar a la *Retórica* y el *Organon* aparece la *Poética*. Completan el elenco de obras aristotélicas *Sobre el alma* y los escritos de ética, como la *Ética eudemia*. En definitiva, el análisis de A. Cauquelin explica la obra de Aristóteles mediante la clave de lo que hemos denominado teoría de la ciudadanía.

11. Conclusión: historiografía lingüística y Aristóteles

La recepción que ha tenido la obra de Aristóteles en obras de referencia de la historia de la lingüística ha sido diversa. Si bien en todas las etapas historiográficas se ha tenido en cuenta al filósofo de Estagira, la apreciación de su figura ha resultado cambiante por efecto de la ronda de paradigmas en torno a la que ha girado: comparatismo, estructuralismo y hermenéutica. En el análisis del tratamiento que ha merecido por parte de los historiadores se ha tenido en cuenta tres etapas de la historiografía lingüística, la fundacional de W. Thomsen, que rige durante la primera mitad del siglo XX. A continuación sigue la estructuralista, de vigorosa actividad entre los años sesenta y ochenta, con M. Leroy y R. H. Robins como representantes. Y la hermenéutica, orientada a la especialización bajo el prisma de la contextualización y la metodología de la historia, a partir de los años noventa, con manuales como los de V. Law, R. Harris y T. J.

Taylor. Recogemos en cuatro apartados los rasgos de la historiografía de manuales de lingüística sobre Aristóteles.

a) Filosofía del lenguaje

En la época anterior a esas etapas la historia de la lingüística, bajo el signo de la filosofía del lenguaje, Heymann Steinthal ya había dedicado buena parte de su atención a Aristóteles en su tratado de 1863 sobre la Antigüedad. Flanqueado por los capítulos relativos a Platón y los estoicos, de la contribución asertiva se examina la exposición sobre los elementos del lenguaje y, en menor medida, los corolarios estilísticos de la retórica y la poética.

b) Gramática comparada

La creación de la historia de la lingüística, un mérito que corresponde a Wilhelm Thomsen por su ensayo de 1902, imprime un giro a lo expuesto hasta entonces. La idea de especialidad que logra establecer comporta una ampliación grande del arco temporal, ya que va de la Antigüedad a la actualidad. Un programa tan nuevo y extenso cuenta con el recurso de un relato continuo, que conduce con verosímil naturalidad desde un pasado lejano a una ciencia que emerge con ímpetu. No obstante, ese relato adolece de un análisis somero y, por otra parte, presenta saltos y discontinuidades que difuminan la idea de un curso histórico de reflexión sobre el lenguaje. En W. Thomsen y H. Arens, el análisis de la figura de Aristóteles concluye con un juicio negativo. Estos autores consideran que su contribución sobre el lenguaje es dispersa, escasa y de poco interés. La decepción ante el Estagirita tiene bastante en común con la opinión que les merece también a Thomsen y Arens el diálogo platónico *Cratilo*.

c) Estructuralismo

R. H. Robins ilustra sobre la naturaleza cambiante de la perspectiva histórica, como se aprecia al examinar sus obras de 1951 y 1967. En la primera, *Ancient & mediaeval grammatical theory in Europe*, mantiene el

juicio condescendiente que corresponde a la etapa comparatista. En la siguiente década, con la eclosión del paradigma estructural y generativista, Robins expone en *Breve historia de la lingüística* un análisis similar al de su obra anterior, pero que no obstante le lleva a reconocer la originalidad e influencia de Aristóteles en la tradición gramatical. Poco antes, Maurice Leroy ha dado la pauta para esta interpretación. Lo que tienen en común estos historiadores en los predecesores de la etapa comparatista es la limitación de sus comentarios a los pasaje estrictamente gramaticales de Aristóteles.

e) Hermenéutica

Se aprecia un notable cambio de perspectiva con las aportaciones de R. Harris, T. J. Taylor y V. Law. Una mayor atención y una intención particular de análisis, con la metáfora en Harris y Taylor o la asunción de una figura polifacética en Law, imprimen un giro en la interpretación lingüística de Aristóteles. Sus interpretaciones relacionan la obra de Aristóteles con la gramática, pero también con la semiótica, la semántica y la pragmática.

A su vez, el ensayo de A. Cauquelin, elaborado con mayor libertad de lo que permiten las obras generales, señala que los términos aristotélicos sobre la lengua apuntan más allá de la gramática, puesto que se proyectan a una dimensión política o cívica de la comunicación. La tesis de Cauquelin resulta convincente porque da sentido a la generalidad de las obras del Estagirita. Resulta también coherente con la idea de W. Jaeger sobre el dinamismo de la obra de Aristóteles, que lleva a concebir la ciencia como un proceso en vez de un cuerpo concluso de teorías.

La historia de la lingüística es un ejemplo claro de esa condición dinámica del conocimiento. Muestra páginas de displicente interpretación porque describe a Aristóteles como una figura superflua. También ilustra sobre el modo cambiante de sus juicios, a la luz de los paradigmas de cada época, como son la gramática comparada, el estructuralismo y la historiografía hermenéutica. Ante los historiadores se ofrece un campo de investigación que tiene muchos alicientes, como sucede con la personalidad y la obra de Aristóteles.

El estudio integral de la obra de Aristóteles puede revelar hasta qué punto fue un visionario de la reflexión lingüística, puesta al servicio no ya de la gramática ni la lingüística –impensables entonces–, sino de una función cívica. Al servicio de la vida política, el bien común, el ejercicio de la justicia y el espectáculo de la palabra. La divisa que nos inspira la obra de Aristóteles pone en el centro de la mirada algo tan importante como su obra y es su personalidad. Respetemos la norma con la mayor variedad individual, dice la divisa.

Referencias bibliográficas

- ARENS, Hans (1955-1969): *La lingüística: sus textos y su evolución desde la antigüedad hasta nuestros días*. Madrid: Gredos, 1976.
- ARISTÓTELES: *Retórica*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1990.
- : *Poética*. Madrid: Gredos, 1974.
- : *Tratados de lógica (Organon)*. Madrid: Gredos, 1988.
- : *Sobre la interpretación*. En Aristóteles, *Tratados de lógica (Organon)*. Madrid: Gredos, 1988, Vol II.
- : *Acerca del alma*. Madrid: Gredos, 2010.
- : *Ética eudemia*. Madrid: Alhambra, 1985.
- CAUQUELIN, Anne (1990): *Aristote: Le langage*. Paris: Presses Universitaires de France.
- ECO, Umberto (1993): *La búsqueda de la lengua perfecta en la cultura europea*, Barcelona, Crítica, 1994.
- HARRIS, Roy; TAYLOR, Talbot J. (1989-1997): *Landmarks in Linguistic Thought I: The Western Tradition from Socrates to Saussure*. Londres: Routledge.
- HOUSEHOLDER, Fred W. (1995): "Aristotle and the Stoics on Language". En R. Harris y T. J. Taylor, *Landmarks in Linguistic Thought II: The Western Tradition in the Twentieth Century*. Londres: Routledge, 1995; pág. 93-99.
- JAEGER, Werner (1923): *Aristóteles*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1995.

KOERNER, Konrad; ASHER, R. E., eds. (1995): *Concise History of the Language Sciences*. Oxford: Pergamon.

LABORDA GIL, Xavier (2005): "Historiografía Lingüística y visibilidad de la Retórica", *Revista de Investigación lingüística, RIL.*, Nº 8, Vol. VIII, 2005, p. 85-130.

—. (2009): "Fundación de la Historia de la Lingüística por Thomsen en 1902", *Tonos Digital*, 18 (XII-2009).

—. (2011): "La lingüística y el historiador perfecto", *Círculo de Lingüística Aplicada a la Comunicación* 46 (VI-2011) 51-90.

—. (2013): *El anzuelo de Platón. Cómo inventan los lingüistas su historia*. Barcelona: UOC.

—. (2017): *¿Por qué ser lingüista? La historiografía bionarrativa*. Barcelona, Horsori.

LAW, Vivien (2003): *The History of Linguistics in Europe from Plato to 1600*. Cambridge: Cambridge University Press.

LEROY, Maurice (1964): *Las grandes corrientes de la lingüística*. México y Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1969.

MALMBERG, Bertil (1991): *Histoire de la linguistique: de Sumer à Saussure*. Paris: PUF.

ROBINS, Robert H. (1951): *Ancient & mediaeval grammatical theory in Europe, with particular reference to modern linguistic doctrine*. Port Washington (N.Y.): Kennikat Press.

—. (1967-1997): *Breve historia de la lingüística*, Madrid, Paraninfo, 1974.

STEINTHAL, Heymann (1863): *Geschichte der Sprachwissenschaft bei den Griechen und Römern : mit besonderer Rücksicht auf die Logik / von H. Steintal*, Berlin, F. Dümmler's Verlagsbuchhandlung.

THOMSEN, Wilhelm (1902): *Historia de la Lingüística*. Madrid: Labor, 1945.